

Bloc de notas

Manuel Díaz Martínez

EN MIS AÑOS JUVENILES PRETENDÍ HACER UNA POESÍA QUE FUESE COMO ME imaginaba la realidad, y soñaba con una realidad que era como me imaginaba la poesía. Hoy lo que me apetece y busco es una poesía de mí mismo en la realidad que vivo. He adoptado por divisa un verso de Pessoa: «¡Y basta de comedias en mi alma!» Si mi evolución se hubiese detenido en la etapa inicial, ahora sería visto como un poeta optimista. Y tendría todo el limbo por delante.

Soy parte de una generación frustrada: la generación de cubanos a que pertenezco se empeñó en reducir a realidad una utopía.

La iconografía latina representa a Jano con dos caras. Con su imagen bifronte se quiere expresar la capacidad que el fabuloso rey del Lacio tenía —privilegio que un agradecido Saturno le concedió— de asomarse al mismo tiempo al ayer y al mañana. Pero el doble rostro, la doble mirada de Jano, que en el primigenio sentido mitológico es virtud política —conocer el pasado y prever el futuro—, hoy suele interpretarse como cifra de ambigüedad, duplicidad de intenciones, dualidad de rasero, marrullería y oportunismo. La historia, que es frustración acumulada, le ha estragado el sentido a tan hermoso símbolo.

No hay cultura plena con libertad limitada. Pero existe una cultura de la falta de libertad. Florece en momentos sombríos de la historia. Es la cultura de la simulación y lo ambiguo. Y pendula entre el desafío redentor y la claudicación suicida.

No quisiera que me viesan pecar de positivismo a lo Hipólito Taine. Tampoco me gustaría que me creyeran caído de bruces dentro de ese otro determinismo, tan parecido en su mecánica al de aquel crítico francés, que algunos exegetas «materialistas», expeditivos y antojadizos, utilizan para interpretar y juzgar una poética. Pero sé por experiencia que conocer las circunstancias concretas —personales y colectivas, políticas y culturales— en que un poeta se ha desenvuelto proporciona al crítico un mínimo de objetividad ante el poeta y su obra. Es así porque en la urdimbre de esas circunstancias se hallarán puntos de referencia y pistas que exoneren de entrar completamente a tientas en los problemas que plantean la obra y su autor. Bien se sabe que ello no es imprescindible para gustar un poema; pero lo es si se pretende precisar los

elementos subtextuales y supratextuales que determinan que una obra sea como es y no de otra manera. Para situar críticamente a un poeta hace falta conocer todos sus poemas más sus avatares; sin embargo, un solo poema puede ser suficiente para el estremecimiento y la admiración.

Perdónenme los que puedan y quieran hacerlo, pero no creo en la autonomía de la poesía, ni del lenguaje en general, respecto de la realidad que circunda al hombre y de la cual éste es, quiérase que no, origen y resultado en un mismo giro dialéctico. ¿Qué es la quimera de la autarquía del texto sino una posición estética condicionada socialmente, como todas? No hay texto independiente de su autor ni autor independiente de su contexto.

Soy un sentidor. Se me da mucho mejor sentir que pensar. Paradójicamente, a esta circunstancia debo los aciertos que haya en mis empeños intelectuales y los desatinos en mi vida sentimental. También a esta circunstancia debo mi empatía con Unamuno, un sentidor que se empeñó en explicarse. Ahora recuerdo algo de e. e. cummings: «Si yo pudiera hablar / sabría decir / mas no cantar».

La filosofía debe dar explicaciones; la poesía, no.

El capitalismo es un magnífico sistema de ordenación social, basado en la propiedad privada, etcétera. El socialismo también lo es, y se basa en la propiedad estatal, etcétera. El problema es que ambos sistemas necesitan de nosotros para realizarse, etcétera.

Nunca le pido nada a Dios para no ponerlo en apuros.

«Los mejores de nosotros», dijo Mark Twain en 1898, «preferirían ser populares antes que tener razón». ¿Eso quiere decir, me pregunto en 2004, que los mejores de nosotros preferirían ser demagogos? Éste es el primer peligro que acecha a la democracia.

Que alguien me considere revolucionario me enorgullece. Sólo que ahora, después de tantas experiencias vividas, soy, digamos, revolucionario en la perspectiva de Camus, no en la de Sartre. Creo que la libertad, que sólo puede basarse en el respeto irrestricto a la dignidad y a los derechos naturales del hombre, sigue siendo nuestra gran asignatura pendiente. Una asignatura que aprobaremos cuando seamos capaces de hacer la revolución moral, la única que no hemos hecho, la más difícil, acaso la imposible, porque tendríamos que hacerla individualmente, cada quien en su espíritu.

En la Guerra Fría, la lucha ideológica fue el complemento de la carrera armamentista. Tanto EE. UU. como la URSS, mientras llenaban sus arsenales de ojivas atómicas y emplazaban misiles, emplearon gran parte de sus aparatos de inteligencia en la tarea de seducir e instrumentalizar, con fines propagandísti-

cos y, en algunos casos, de espionaje, a figuras de la intelectualidad. En su libro *La CIA y la guerra fría cultural* (Editorial Debate, Madrid, 2001), la investigadora británica Frances Stonor Saunders muestra las actividades que en este sentido desarrollaron los servicios secretos norteamericanos. En otro libro, también revelador, *El fin de la inocencia* (Tusquets Editores, Barcelona, 1997), el profesor Stephen Koch, de la Universidad de Columbia, revela las actividades paralelas desarrolladas por el KGB y la Komintern. Pero no todo es simétrico en esta historia de lobos y caperucitas. Los intelectuales occidentales que desertaron de la Guerra Fría, o que en todo momento supieron preservar su independencia, no fueron reclusos en ningún *gulag* ni en sanatorios psiquiátricos. No fueron silenciados, procesados por traición ni ejecutados. O sea, no corrieron la suerte de sus colegas del otro bando que actuaron como ellos. A Gide y Camus, por ejemplo, no les pasó lo mismo que a Sájarov y Solzhenitzin.

Los granujas tienen la suerte de que Dios es más bondadoso que la Historia y la Historia más olvidadiza que Dios.

En la primera página de *Las palabras*, Jean-Paul Sartre dice «...fabricar grandes circunstancias con pequeños hechos». Éste ha sido mi sueño de poeta.



Los cuatro músicos.
Óleo sobre lienzo, 79 x 104,4 cm., 1942.
Colección Isaac Lif y familia.